

peradores que sucedieron á éste y otros varios príncipes la hicieron inmensas donaciones, y los fieles á su ejemplo practicaron lo mismo. Las fundaciones vinieron á ser comunes en el siglo VII, y fueron hechas con mayor profusion desde el siglo IX hasta el XIII, en cuya época, aterrorizados los fieles con las voces de algunas personas respetables que anunciaban haber llegado ya el fin del mundo, donaban sus bienes, y la mayor parte de las actas de sus donaciones comienzan así: "Atendido á que el fin del mundo va llegar." ¡Qué sencillez, qué falta de reflexion en tales gentes! Si entonces debia acabar el mundo, debia tambien con él dejar de existir la iglesia militante, y por consiguiente los ministros del altar, entonces ¿de qué podian servirles los bienes y riquezas donadas? Y si los eclesiásticos creían lo mismo que anunciaban, ¿para qué lo recibian?

En nuestra España los reyes godos, por un efecto de supersticion, dotaron tambien ricamente al clero, juzgando enriquecer al Todo Poderoso, sumergiendo en la abundancia á los sacerdotes de un Dios pobre y enemigo declarado de las riquezas. Estos príncipes, guerreros feroces y desmoralizados, creyeron que podian espiar todas sus culpas dando inmensos bienes á unos hombres que hacian voto de pobreza. Esté es el origen de ese cúmulo de propiedades que la barbarie de los siglos, la simplicidad de los pueblos y una muy mala combinada política de los reyes, depositó en manos del clero español. A mas de esto los llenaron de privilegios y de inmunidades, con lo que vinieron á ser independientes. Así es que la imprudente devocion de los soberanos proporcionó á los ministros de paz el que pudiesen hacerles la guerra, resistirles, darles la ley, y turbar impunemente cuando querian la tranquilidad del estado.

Bien persuadidos estos de que cuanto poseen lo han adquirido de la ignorancia de los pueblos, siempre han procurado con las armas de la opinion dominar los espíritus para des-

pojar los cuerpos. Esta es la causa y motivo porque vemos en todas partes declarar una guerra abierta á la ciencia y á la razon. Su sistema invariable es embrutecer á los hombres para someterlos á su yugo oneroso. Contentos con ser ricos y poderosos, abisman á sus conciudadanos en la miseria y la apatia; sus estorciones y seducciones destruyen la actividad, las artes y la industria, y parece que se complacen en reynar sobre los desventurados. Ellos son los únicos que viven en la abundancia. El soberano no tiene fuerza ni gloria, y los súbditos vejetan en la ignorancia y en la esclavitud; ni aun estos tienen el valor, ni el aliento de salir de esta miseria, y en vez de ganar el pan con el trabajo, prefieren mendigarlo á la puerta de un prelado, de un canónigo ó de un cura. Antiguamente, como hemos demostrado, el sacerdocio vivia de las limosnas de los fieles, y en el dia los fieles necesitan pedir las á los sacerdotes, y el orden que Jesucristo prescribió en el Evangelio á sus apóstoles, lo han trastornado los sucesores de estos.

CAPITULO VIII.

Origen de los Monjes y Frayles, y de la razon porque fueron introducidos en el Sacerdocio.

ALGUNOS cristianos de la primitiva iglesia, temerosos de no poder resistir las tentaciones que presenta la vista de las cosas mundanas, ó deseosos de asegurar mas su salvacion, imitaron al Bautista, y buscaron un asilo en el desierto, en donde se dedicaron únicamente al ayuno, á la oracion y otros ejercicios de piedad, por lo que fueron llamados ascéticos, es decir, ejercitantes. San Pablo hermitaño fué el que, con vários individuos, se retiró al desierto de la Tebayda. San Antonio hizo lo mismo en el Egipto, y fué el primero que reunió á muchos solitarios, y los constituyó para

hacer vida comun. San Pacomio fundó en el mismo país los famosos monasterios de Tabena, cuyos monjes se llamaron cenobitas por estar reunidos en comunidad. Estos monjes egipcios fueron siempre mirados como los mas perfectos de todos los demas. San Hilario, discípulo de san Antonio, fundó monasterios en la Palestina, y su instituto se esparció por toda la Siria. Etaquio los estableció en la Armenia y en la Plaphlagonia. San Basilio, que se habia educado é instruido en Egipto, los fundó en el siglo IV en el Ponto y en la Capadocia, y les dió un instituto ó regla que contiene todos los principios de la moral cristianá. Desde entonces, la vida monástica se estendió por todas las provincias del Oriente, En Etiopia, en Pércia y hasta la India.

En el año 340, habia pasado ya al Occidente, y san Atanasio, habiéndose trasladado á Roma, llevando con sigo la vida de san Antonio, que él mismo habia compuesto, inclinó á los fieles de Italia á imitar el mismo género de vida, y fundó varios monasterios de monjes y de monjas, bajo la autoridad y direccion de los obispos. A su imitacion hicieron lo mismo san Ambrosio, san Eusebio y san Martin, que fué el primero que los introdujo en Francia, de donde pasaron despues á España y á las islas británicas. La mayor parte de estos monjes en su origen eran legos y se ocupaban en la oracion y en trabajos de manos. Segun su particular instituto, debian establecerse fuera y distante de poblado, pero despues se les permitió que se situasen en las ciudades; villas y lugares, con el fin de que fuesen útiles á la sociedad, y entonces se aplicaron á las letras; y solicitaron entrar en el sacerdocio.

Habia ya dos siglos que estaba establecida la vida monástica, cuando san Benito, despues de haber vivido mucho tiempo en el desierto y gobernado sus monjes, escribió su regla ó constitucion para el monasterio que habia fundado en el monte Casino, entre Roma y Nápoles. Esta constitu-

cion es mas suave que la de los Orientales, porque en ella se permite un poco de vino y dos especies de vianda, á mas del pan; pero siempre conservó el trabajo de manos, un exacto silencio y la soledad. Mas los monjes, como que eran hombres, fueron muy poco constantes en la observancia de su regla, despreciaron muy en breve el trabajo de manos, con pretexto de dedicarse con mas libertad al estudio y á la oracion. He aqui cómo se formaron esas corporaciones que, si en sus primitivos tiempos sirvieron de algo, en el dia son unos cuerpos parásitos, y una carga muy pesada para los estados que los sostienen.

Los monges en aquellos tiempos alcanzaron muy pronto no solo entrar en el sacerdocio, sino tambien obtener la cura de almas, logrando con ella un influjo poderoso en el corazon de los fieles, y aun en el de los mismos soberanos, de cuya beneficencia recibieron, como los clérigos, pingües posesiones é inmensas riquezas, con las que sus abades vinieron á ser señores de vasallos, y admitidos con los obispos á las cortes ó asambleas nacionales; tomaron tambien partido en las guerras civiles, en las cuales, como los demas señores, armaban sus súbditos y criados, y muchas veces se indemnizaron de los gastos que hacian en la guerra con el pillaje. Istraídos en objetos tan inconexos con la profesion de su estado, y tan contrarios á los fines de su instituto, cometieron faltas y excesos tan notables, que algunos individuos de la misma religion conocieron la necesidad de corregirlos.

Estas fueron las causas que precedieron á las varias reformas que en diversas épocas ha sufrido la religion benedictina, de donde se derivaron otras tantas congregaciones, como la de san Odon, conocida bajo el nombre de congregacion de Cluny, que se verificó en 1240; la de san Justino que se estableció en Italia en 1408; la de san Mauro en Francia, que comenzó en 1621, y otras muchas en los diferentes países en

que se hallaban establecidos los monjes desde los primitivos tiempos de la fundacion de su órden.

Pueden variarse ó alterarse las cosas, pero las personas siempre son y serán las mismas. Los monjes, ántes y despues de las reformas, siempre fueron, y no pueden menos de ser, siempre hombres, llenos por consiguiente de pasiones como los demas seres de su especie; cometieron todo género de excesos; y tanto éstos como los otros individuos del sacerdocio dieron lugar á que el emperador Valentiniano, el viejo, en el año 370, es decir, que 50 años despues de Constantino publicáse una ley para prohibirles de que abusasen de la sencillez ó ignorancia de los pueblos, y sobre todo de las mugeres, para recibir de persona alguna, fuese por testamento ó donacion intervivos, herencia de bienes de ninguna especie. Por esta misma ley, les prohibió toda conversacion con el bello sexo, del que habian abusado mucho. Veinte años despues, Teodosio se vió obligado á renovar estas mismas disposiciones.

En Francia, Carlomagno, san Luis, Felipe el Hermoso, Carlos V, Francisco I, Henrique II, Carlos IX, Henrique III y Luis XIV; en Inglaterra, Eduardo I, Eduardo III y Henrique V, todos espidieron en sus respectivos estados iguales leyes contra la adquisicion de bienes hecha por los frailes. Los escritores españoles Narbona y Molina citan las que se habian publicado hasta su tiempo para contener la desmedida ambicion de los monjes existentes en Castilla, Aragon y Portugal. Carlos III adoptó y renovó esta sábia medida, contra cuyo cumplimiento está luchando continuamente, y siempre con ventaja suya, el clero regular.

En fin, por todas partes y en todos tiempos, el espíritu dominante de estas corporaciones siempre ha sido de acometerlo todo, y posesionarse de todo; en donde no hallaron oposicion lograron su objeto, y en donde se les consiente, poseen los mejores terrenos del pais en que se hallan, y gozan de una

buen parte de las rentas del estado.

Despues de las cruzadas produjeron nuevas fundaciones de órdenes ó religiones, como fueron las órdenes militares y hospitalárias. A éstas sucedieron las órdenes de los mendicantes, de que fueron fundadores santo Domingo y san Francisco, cuya regla prescribe á sus discípulos que trabajen, y que no pidan limosna sino en el caso de extrema necesidad, para libertarlos, por una parte de los terribles efectos de la ociosidad y del fastidio que es inseparable de ella, y por otra, para que ganasen su subsistencia sin ser gravosos á nadie: disposicion á la verdad muy conforme al precepto de San Pablo, que dice: *Si alguno no quiere trabajar que deje de comer.*

Animados los primeros franciscanos del fervor que les habia inspirado con el ejemplo su santo fundador, no buscaron glosa ni comentario para interpretar su regla, sino que se ocuparon desde luego en trabajos compatibles con su estado. Tejian esterilla de esparto, de junco, de palma y paja; hacian cestas, cuerdas, papel, y manufacturaban lienzos de lino y cáñamo; mas esta vida ejemplar y edificante no tardó mucho, porque á poco tiempo de haber muerto su fundador, celebraron el capítulo general de 1230, y sin embargo de que éste les habia prohibido en su testamento que solicitasen del papa privilegio alguno, recurrieron á Gregorio IX, de quien alcanzaron una bula por la que declaró este sumo pontifice que estos religiosos no estaban obligados á guardar y cumplir el testamento de su fundador. Ved aquí como el trabajo, que antes era virtuoso y laudable, vino á ser odioso y despreciable, y la mendicidad, que solo puede ser tolerada en caso de necesidad extrema, fuera de la cual es un crimen, vino á ser para estos frayles el título mas honorífico y mas lucrativo, pues que él solo asegura la subsistencia de muchos miles de individuos.

Treinta años despues de la muerte de san Francisco, llegó á tal punto la relajacion de sus discípulos, que san Buenaven-

tura, siendo general de la Orden, en la carta circular que en 1257 pasó á los provinciales y custodios, se queja amargamente del manejo y conducta de sus frailes, por verlos mezclados en tráficos y negocios seculares para adquirir dinero; reprende la ociosidad de algunos, y la vida vagamunda de otros. (1)

Su importunidad, añade el mismo santo, en pedir, hace tan terrible el encuentro de nuestros hermanos como el de los ladrones. En efecto, semejante importunidad es una especie de violencia, á la cual pocas gentes saben resistirse, y en particular aquellas que están acostumbradas á mirar con profundo respeto el hábito y á los individuos que lo visten. Una vez que los frailes pierden el pudor que inspira una buena y decente educación, pierden también la vergüenza y hacen un mérito y un honor en tener más industria que otros para buscar limosnas; así es que no teniendo nada, lo poseen todo, y son más poderosos que los mismos ricos. Para lograr este importante objeto, andan siempre muy solícitos en asistir á la muerte de los grandes, en perjuicio de sus pastores naturales ó curas de almas. Atormentan y persuaden con vehemencia á sus moribundos para que otorguen testamentos secretos, recomendándoles que en sus disposiciones prefieran

(1) *Licet insufficientiam meam ad ferendam onus impositum cognoscerem manifesté . . . Quæ mihi de concilio discretorum visa sunt corrigenda, nec penitus tacens nec omnino exprimens, nec nova statuens, nec vincula superinducens, nec onera gravia alligans aliis, et imponens; ut tanquam annuntiator veritatis breviter explicó, videns illa nullatenus vitanda. Sanè perquirenti mihi causas, cur splendor nostri ordinis quodammodo obscuretur, ordo interiùs inficitur, et minor conscientiarum interiùs delectatur, occurrit negotiorum multitudine, quæ pecunia nostri ordinis paupertati super omnia inimica avidè petitur, incautè recipitur, et incautiùs contrecatur. Occurrit quorundam fratrum otiositas quæ sentina est omnium vitiorum. . . Occurrit evagatio plurimorum, qui propter solatium suorum corporum, gravando eos per quos transeunt, non exenolunt post se relinquere vitæ, sed scandala potius animarum. Occurrit imortuna petitió qua omnes transeuntes per terras adde abhorrent fratrum occursum, ut eas timeant quasi prædonibus obviare. Occurrit edificiorum constructio sumptuosa, et curiosa, quæ pacem fratrum inquietat, amicos gravat et hominum perversis judiciis multipliciter nos exponit. Occurrit etiam sepulturarum, et testamentorum avida quedam invasio non sine magnâ turbatione creeri, et maximè sacerdotum. Occurrit mutatio locorum frequens et sumptuosa, cum quadam violentiâ et perturbatione terrarum, cum notâ inconstantiæ, non siquè præiudicio paupertatis. Occurrit tandem sumptuositas expensarum . . .*

la Orden suya á todas las demas religiones.

Siempre son carga muy pesada en las casas donde se hospedan: escandalizan á sus bienhechores debiéndoles edificar. Bajo el pretesto de caridad, se entrometen en el secreto de las familias, entre las cuales siembran discordias, para instituirse despues medianeros, cuyo oficio les produce dinero, gustos y satisfacciones.

En el nacimiento de su religion, parecia que estos frayles debian habitar y pisar la gloria mundana; mas bien pronto se les vió tomar el imperio, y ostentar con fausto la misma gloria que antes habian despreciado. La humildad entre ellos ha decaido enteramente. Un general de la Orden se considera como un potentado, y ostenta su autoridad y representacion con el mismo aparato que un grande ó un principe. Un provincial se imagina revestido de poder suficiente para mandar no solo á sus frayles, sino tambien á los pueblos de su provincia.

En lo interior de sus conventos, nunca están tranquilos. La envidia, el odio y la maledicencia ha suscitado entre ellos, en diversas épocas, trastornos escandalosos, tales como el cisma que dividió á toda la Orden introducido entre los hermanos espirituales y los de la comun observancia; el cual apaciguó Celestino, papa, autorizando esta division, y estableciendo la congregacion de pobres ermitaños, bajo la conducta del hermano Liberato.

No hay entre los hombres sociedad ó corporacion en que las pasiones y las intrigas se promuevan con más astucia, con más calor y más inmoralidad que las que de ordinario se observan en los capítulos que celebran los monjes y frayles para la eleccion de gefes, y distribucion de empleos y destinos. La seducción, los compromisos, las ofertas, y no pocas veces el dinero, son los resortes para reunir los votos, y lograr el sufragio general por el cual llegan á sobreponerse á los demas y obtener las prelacias.

Tambien se han visto de tiempo en tiempo entre las mismas órdenes ó religiones contiendas estrepitosas, como la de los franciscanos contra los dominicos, cuyas discordias dieron tanto que hacer á los príncipes, y hasta el mismo sumo pontífice se vió en gran conflicto, para establecer la pacificación entre unos y otros. Mas en medio de sus discusiones particulares, todos los frayles y monjes tienen un espíritu de partido que, animando sus respectivas sociedades, no hace ni trae bien alguno á la sociedad general; antes, por el contrario, en todos tiempos y por todas partes, ha causado gravísimos daños corrompiendo, con el imperio que ejerce sobre las conciencias, las ideas religiosas, y perturbando el orden y la tranquilidad pública.

CAPITULO IX.

De los servicios que hace á la sociedad el clero regular.

Estos cuerpos parásitos, para recomendar su utilidad e importancia nos dicen, que á mas del penoso trabajo de sus funciones se emplean tambien en la instruccion de los pueblos, en la educacion pública y en el cuidado de mantenerlos en su deber. Mas si llegamos á pesar los pretendidos servicios que recibimos, los veremos al instante reducidos á nada, y aún hallaremos que en todos tiempos nos han sido mas funestos que útiles.

¿En qué consiste la instruccion que dan á los pueblos? En pervertir las ideas, corromper las opiniones y perpetuar las causas que naturalmente se encaminan á trastornar las costumbres y la moral pública. Predican la moral de la religion cristiana no como es en sí, sino segun conviene á sus intereses y pasiones; en su boca no tiene principios estables, varia

segun las circunstancias, abusan de la credulidad, sencillez é ignorancia de los pueblos, y enseñan y hacen creer como puntos de fé preocupaciones y errores perjudiciales á la religion misma.

Ellos fueron, segun dice un escritor moderno, los que con milagros supuestos, leyendas ridiculas, cuentos prodigiosos de los santos de su Orden, apariciones, fábulas melancólicas, sueños proféticos, visiones y revelaciones; y con escapulários, falsas reliquias, medallas, diges, camándulas y rosarios, con indulgencias plenarias mal espresadas, jubileos de *toties quoties*, premios y amenazas temporales, promesas y votos inconsiderados, bulas de composicion y penitencias ridiculas llegaron á obscurecer la sacrosanta verdad, á amancillar la purísima doctrina del Evangelio, y á convertir la inmaculada religion en una supersticion, acaso mas grosera, que la de los negros de Africa, dando así ocasion á que algunos con sus sarcasmos deshonrasen la nacion, como lo verificò un filósofo moderno, diciendo “que la supersticion reynaba en todas las provincias del dominio español. El escapulario y el rosario son las insignias de la religion que los monges exigen de los Españoles; y sobre la forma y color de esta especie de talismanes, así los grandes como el pueblo fundan la prosperidad de sus empresas, el buen exito de sus cortejos y tambien la esperanza de su felicidad. En el artículo de la muerte, el hábito monacál dá seguridad á los ricos malversadores, y están convencidos que envueltos en un vestido formidable al demonio, éste vengador del delito no osará descender á sus sepulcros ni apoderarse de sus almas: y con tal que sus cenizas reposen cerca del altar, esperan participar de los sacrificios de los pontífices con notables ventajas sobre los pobres y esclavos.” A la verdad este cuadro, aunque desagradable en el fondo, es muy conforme al original.

He aquí la instruccion que dan al pueblo, propia únicamente para separarlo del camino recto del Evangelio, y ma

propia aún para lograr el fin y objeto que se proponen los que la predicán y enseñan. Las dádivas que reciben en cambio de esta especie de simulacros religiosos, la venta de hábitos viejos y andrajosos, manchados aún quizá con las inmundicias de sus cuerpos, forman una renta considerable. De esta especie de gentes decía san Pablo en su epístola á Tito (1): *Es necesario tapar la boca á las personas que trastornán las familias enteras, enseñando, por un vil interés, lo que de ningún modo deben enseñar: siempre son embusteros y malas bestias que no quieren mas que comer sin hacer nada.*

¿En qué consiste la educacion que por desgracia tienen casi el derecho esclusivo de dar á la juventud? ¿Qué enseñan á sus discípulos? Les hacen perder un tiempo precioso en recitar oraciones, en enseñarles lenguas muertas, inútiles á la sociedad presente, y que cuando mas pueden contribuir á su diversion: la educacion del dia no se dirige mas que á formar esclavos supersticiosos; las virtudes que los frayles irculcan á la juventud van envueltas de ideas propias, para disponer el espíritu al yugo que le impondrán despues por toda su vida, y bajo el cual gime y llora la generacion presente.

CAPITULO X.

Las instituciones monásticas son inútiles en el dia, y perjudiciales.

Los monjes y frayles, aún cuando observasen estrictamente las reglas de su respectivo instituto, siempre han sido y son una rueda absolutamente inútil en la máquina de la política, y perjudiciales al estado según la re'ajacion en que actualmente viven. La predicacion del Evangelio, la adminis-

(1) Quos oportet redargui: qui universas domos subvertunt, docentes quae non oportet serpio legi gratis. . . . Semper mendac es malae bestiae ventres pigri Cap. I, v. II y 12.

tracion de los santos sacramentos, la propagacion y conservacion de la moral cristiana son funciones peculiares y privativas de los sucesores de los apóstoles, los obispos y curas; estos son los únicos á quienes corresponde desempeñar tan augusto ministerio, y ellos son los responsables á Dios y á los hombres del exacto cumplimiento de tan sagradas obligaciones; á ellos es á quienes el gobierno puede pedir cuenta de las faltas y abusos que cometen los fieles y súbditos en tales materias. Los generales, los provinciales y gefes de las órdenes monásticas, apenas responden de la conducta de sus religiosos. Si alguna vez estos son llamados á la administracion del pasto espiritual, siempre son considerados como brazos auxiliares; mas su ayuda y auxilio, desnudo de toda responsabilidad, es una intervencion muy onerosa, porque como ya hemos observado, se aprovechan de esta ocasion para arrancar de la supersticiosa credulidad de los fieles y debilidad de los moribundos, las donaciones, las fundaciones piadosas, con las que privan de sus legítimos derechos á los parientes y deudos de éstos. El erario público queda tambien defraudado del producto que debería recibir de la continua venta y circulacion de tales bienes, porque desde el momento que éstos entran en su poder, quedan vinculados para mientras existan estas familias, cuya perpetuidad está asegurada en su robusta é indefectible sucesion. Tienen á mas de esto la costumbre, que por antigua, ya tiene fuerza de ley, según la cual ni reunidos en comunidad, ni separado cada uno individualmente, pueden dar ni ceder cosa alguna.

Por esto es que procuran siempre visitar y contraer sus relaciones con los ricos y poderosos, y si por rara casualidad van á la casa de un pobre artesano ó labrador, con el fin de satisfacer su apetito, y sucede allí accidentalmente alguna desgracia de enfermedad ó de otro contratiempo, al momento se ausentan sin dar mas ayuda ni auxilio que el acostumbrado, diciendo que tendrán presente al paciente en sus oraciones.